

La Olimpiada de Barcelona

EL 25 de julio de 1992, fiesta de Santiago patrón de España y año multisimbólico para nuestro país, se inaugura en Barcelona la XXV Olimpiada de la era moderna. La próxima cumplirá los cien años desde que en 1896, en Atenas, el barón de Coubertin logró resucitar los Juegos Olímpicos.

Las Olimpiadas han trasladado a nuestro mundo contemporáneo uno de los más nobles legados de la antigüedad. En los 1170 años que mediaron entre su primer dato histórico preciso (776 a. C.) y su abolición por el emperador Teodosio (394 d. C.), las Olimpiadas fueron un canto a la vida, a la sabiduría, a la belleza, a la superación humana y a la paz. En ellas fue creciendo el número de competiciones celebradas y el de pueblos participantes. Su marco fue el espíritu religioso de honrar a Zeus, padre de los dioses. Nuestra cultura secular ha dejado a un lado este último aspecto, que podía haberse convertido, por otra parte, en un factor de división en un mundo cargado de pluralismo religioso, y ha promocionado, con muchos más éxitos que fracasos, las demás dimensiones olímpicas.

Las Olimpiadas son, en efecto, un lazo de unión entre los pueblos. Los Estados como tales se hacen presentes en ellas. Superadas las imprecisiones de identidad de las tres primeras

Olimpiadas, desde 1908 (Londres), los participantes llevan la representación y el control del país respectivo. Cada vez confraternizan más las naciones. En 1908 competían juntos 22 países; en 1968 (México) se franqueaba por primera vez la frontera de los cien con la presencia de 125 naciones.

Durante un siglo las Olimpiadas han sido el único foro capaz de albergar a tantos ciudadanos escogidos de tantos estados diversos. Desfilan y se izan juntas sus banderas. Se escuchan con emoción y respeto los himnos de los países cuyos atletas suben unidos al podio. Las Olimpiadas son un espectáculo y fiesta. Las ceremonias inaugurales rivalizan en esplendor. Las naciones y ciudades en que se celebran mejoran sus estructuras. En la segunda mitad del siglo XX, los medios de comunicación hacen que la humanidad entera pueda convivir en la contemplación directa de los Juegos Olímpicos. Y no debemos olvidar que en ellos compiten cada vez más mujeres y en más pruebas. Es una gran contribución a la progresiva humanización del mundo.

¿Coopera todo esto de manera eficaz a la paz? Los griegos consiguieron que la celebración de las Olimpiadas constituyera una tregua entre sus ciudades bélicamente enfrentadas. Nuestro mundo ha suspendido las Olimpiadas antes que las guerras. La Primera y la Segunda Guerra Mundial impidieron la celebración de los Juegos Olímpicos de 1914, 1940 y 1944. Los Juegos fueron otras veces escenario de graves confrontaciones políticas. En la memoria de todos están grabados los de Munich (1972), donde el terrorismo árabe causó la muerte de nueve atletas israelíes; las de Moscú (1990), donde la invasión rusa de Afganistán provocó la ausencia, no exenta de ambigüedad, de sesenta naciones; dos de Los Angeles (1984), heridos a su vez por la ausencia revanchista de la Unión Soviética y no pocos de sus aliados. Sin embargo, la mayoría del mundo contempló estos hechos como un atentado a los Juegos y a la paz. Y el «apartheid» de Suráfrica excluía a ésta del concierto olímpico durante decenios. Esperamos que la Olimpiada de Barcelona con el nuevo contexto político mundial, sea anuncio y promesa de una paz más sólida.

Pero la dimensión medular de una Olimpiada es la competición. Las modalidades de competición, como ya ocurrió entre los griegos, han ido creciendo sin cesar. La aplicación de las nuevas tecnologías a la perfecta preparación de los atletas, también. Las Olimpiadas son una escuela de superación humana y, por sí mismas, postulan la más limpia realización de esa superación. Pero no están libres de nuestras debilidades y tentaciones. La preparación especializada ha conducido a la nada clara distinción entre amateurismo y profesionalismo, a deshumanizados entrenamientos, a la indebida utilización de sustancias estimulantes, a la instrumentalización de la victoria deportiva como propaganda política, de lo cual dejaron especial constancia el nazismo y el comunismo. La competitividad, especial exponente de la cultura actual, encierra en sí misma el peligro de constituir un factor contradictorio de la unión de los hombres y los pueblos que persiguen las Olimpiadas. Ante ese peligro, que podía herir de muerte a los Juegos mismos, han reaccionado bien los organismos internacionales y nacionales del deporte persiguiendo y castigando el doping, descalificando las infracciones y los fraudes; velando, en fin, por que las acciones deslumbrantes, como el récord de Ben Johnson en Seúl, no adulteraran la auténtica naturaleza del deporte.

POR otra parte, las competiciones deportivas y sus protagonistas están tan ligados hoy a las estructuras económicas que las llamadas «figuras», los deportistas de élite, están más cerca que nunca del riesgo de anteponer sus intereses financieros personales a los ideales patrióticos, al servicio comunitario, a la generosidad y el desprendimiento. La política deportiva de todos los organismos olímpicos prestará una gran contribución a la elevación de la persona humana si frente a las corrientes individualizantes de nuestra cultura promueve el respeto, la estima y la participación de los valores colectivos.

Pero descendamos al aquí y ahora. La XXV Olimpiada se celebra en Barcelona. Los españoles de hoy tenemos la ventura de poder vivir simultáneamente, en nuestro suelo, la

Exposición Universal de Sevilla, que recuerda y festeja el encuentro de dos mundos, y los Juegos Olímpicos de Barcelona. La celebración de estos Juegos es un honor a la Ciudad Condal, para Cataluña y para España entera. Creemos que el espíritu universal que animó a los españoles en nuestros mejores siglos se ha reavivado con nuestra incorporación a la Comunidad Europea y una más abierta política exterior. A España y particularmente a Barcelona y Cataluña se le ofrece ahora el reto de no empequeñecerse con localismos y desmesuradas ambiciones nacionalistas, de hacer gala de ese espíritu de generosos anfitriones que ha caracterizado siempre a nuestros pueblos, de llevar, a todos los países y gentes que vengan a esta Olimpiada, el sentimiento y la postura de los hombres y mujeres españoles que se sienten fraternalmente solidarios con la nueva construcción del mundo, con la nueva era que parece augurar el cercano 2000.

CONFIAMOS en que la compleja organización que lleva consigo una Olimpiada habrá estado regida por el sentido de disciplina, prudencia, previsión y buena administración que atesora el seny catalán. No sabemos si en Barcelona habrá muchas medallas olímpicas para los españoles. Aunque confiamos también en que una ocasión tan señalada recoja los frutos de la preparación que merece. El presidente del Comité Olímpico Internacional, señor Samaranch, deseó en Sevilla para Barcelona, el día de la inauguración de la Exposición Universal, el mismo señalado éxito. Nos unimos a él en desear el más completo éxito de esta XXV Olimpiada para Barcelona, para España y para todos los países del mundo.